

Cierto que en las calles y muelles de aquella parte del barrio de la Universidad notábase ya en aquellos momentos desusada animación; pero nada hacía prever que los invitados á la fiesta, y el rey entre ellos, debían verse rodeados algo más tarde de sin número de hombres armados de diversas y sospechosas procedencias.

Con motivo de la presencia del soberano, fué puesta la torre á disposición de éste, encargándose Bervic de todo lo referente á la vigilancia. Para ello distribuyó sus hombres entre los dos cuerpos de guardia instalados en el entresuelo y en las bohardillas, quedando los dos pisos restantes á disposición del estufista del rey, de su barbero, de sus lacayos de tocador y de sus camaristas, que iban y venían atareados, ocupadísimos con los preparativos de la solemne y estudiada fiesta.

Apenas llegado á la torre púsose el rey entre las manos del señor Amilcar Sauri, su barbero y perfumista: un judío veneciano á quien pagaba buen salario, aunque sin excederse en la generosidad, por más de que gracias á sus unguentos, polvos y elixires, el astuto italiano encontró medio de conservar las apariencias de la juventud á su regio amo, envejecido por las orgías y ya casi valetudinario á los veintisiete años.

Las habitaciones de que hablamos, como encerradas en el cilindro granítico de muros espesos edificado para servir de fortaleza, eran en verdad poco espaciosas, pareciéndolo aún menos aquel día por cuanto con arreglo á las indicaciones del primer ayuda de cámara de su majestad, habían sido divididas con

XII

PORQUÉ NO SE MOSTRABA ENRIQUE III

Al contrario de lo que hubiera podido creerse teniendo en cuenta los incidentes de la víspera, Enrique III habíase sentado á la mesa á cosa de las seis de la tarde, en su palacio del Louvre.

Preocupado por la idea de que iba á deslumbrar al público con su traje de bailarina, que le sentaba muy bien, olvidó el buen monarca sus angustias, su fiebre malsana, los acontecimientos últimos, todo, hasta la fuga de Villequier. Y seguro de verse bien servido por su mago, investido de omnímodos poderes después de haberse mostrado hábil reprimiendo una sedición, comió con excelente apetito.

Ya confortado el estómago, habíase trasladado á la torre de Nesle en compañía de sus favoritos y bajo la custodia de sus guardias, llegando á ella cuando aún estaban desiertos los salones en que debía celebrarse la fiesta organizada por los regidores en el Hotel vecino.

auxilio de tabiques provisionales. Por eso la sala del primer piso, célebre por los escandalosos ágapes en ella celebrados por Margarita de Borgoña, quedó formando dos habitaciones, destinada á tocador una de ellas y á salón de recibo ó de descanso la otra.

El tocador, dominio incontestado del señor Sauri, hipócrita bribonazo cuyos artísticos recursos consistían en una copiosa aplicación de cosméticos y en el empleo razonado de unas pinzas depilatorias, figuraba en miniatura la sala de baño de un califa, con espejos murales, bañera de mármol, y tapicería oriental, de bastante buen gusto. Cuanto al salón, destinado á ensayar por última vez el bailable en que debia figurar el rey, aparecía pobre de ornamentación, habiéndose limitado esta á la colocación de divanes ó asientos bajos en los ángulos, y á la de valiosos tapices, alternando con trofeos, para cubrir en lo posible la desnudez de las paredes.

La falta de tiempo fué causa de que no se hiciera modificación alguna en el segundo piso. Además, la antigua cámara de placer de la Margarita de las Margaritas, el templo en que la histórica esposa de Luis el obstinado *yacía muy amorosamente* con cómplices de paso á los que hacía matar luego de haberse servido de ellos para calmar el excesivo ardor de su temperamento, solo debía servir de vestuario á los miñones con papel en la proyectada mascarada coreográfica.

Instalado pues en su tocador, el rey se hizo friccionar todo el cuerpo, ungir con cosméticos cabellos y barba, colorear de carmín los dedos, y pintar suave-

mente el cuello y las mejillas. Luego de lo cual, envuelto en un pepló de seda púrpura, fué á contemplarse en un espejo.

— ¡Por la misa! — dijo sonriendo con verdadera complacencia. — ¿Viste jamás una más bella obra del creador, señor Amílcar?

Los ayudantes del embellecedor italiano, reían á hurtadillas de la fatuidad del rey.

— Hermoso señor, — respondió impertérrito el hábil judío uniendo las manos en ademán de éxtasis — vuestra real persona excede, en armonía de proporciones, á los hombres y á los dioses. Ciertó que Paris y Narciso fueron hermosos; pero vos sois, señor, la Belleza misma.

— Bien dicho, carísimo. Tu elogio me halaga tanto más cuanto que tú debes entender en materia de belleza. Pero mira aquí, bajo la oreja; ¿es tan fina la piel como la de mi prima de Cléves?

— Mucho más fina, señor. El año pasado tuve ocasión de ver en Roma el retrato de la divina Lucrecia Borgia, la mujer de epidermis más fina...

— ¿Y qué?

— Nada, señor, sino que comparado con el vuestro, su cutis parecería la piel de un tambor.

— ¿Hablas en serio? — preguntó el rey halagado en su femenino amor propio.

— Tan en serio — dijo el italiano — que tengo como cosa averiguada que, con vos comparadas, Aglaé, Talia y Eufrosina son muy poca cosa. Tanto menos cuanto que las Gracias pertenecen á la antigüedad; mientras

que vuestra augusta persona sintetiza las glorias de Hermes y las delicias de Afrodita. Tenéis, divino señor, el mágico poder de rivalizar con Jehovah...

— ¿Quieres callarte, blasfemo? ¿Cómo quieres que pueda yo rivalizar con Dios? ¿En qué, vamos á ver?

— En qué como Él, vos sois esencia y substancia.

— Sospecho, descreído, que te estás burlando; — dijo el rey ligeramente incrédulo.

Entonces intervino en el diálogo uno de los ayudantes de tocador, un tal Tomás Artús, señor de Embly, quien luego de haber vivido durante largos años en la intimidad de Enrique III, debía publicar un libelo relatando los desórdenes de este príncipe. Dicho libro, que lleva por título *La isla de los hermafroditas*, es un acabado cuadro de costumbres — de las malas costumbres — de la época de Enrique de Valois.

— Permitame vuestra majestad que le explique — dijo Artús — lo que el señor Amílcar Sauri quiere decir: que Enrique el hermoso, Enrique el fuerte, es como Dios, andrógino.

Esta frase de Tomás Artús era una sátira impertinente. Lejos de sentirse molesto, el rey se enorgullecó al oírla.

— Bien, bien, — dijo dirigiendo á su barbero una sonrisa de aprobación. — Si tal pensaste, Amílcar, eres un verdadero observador. Los reyes, en efecto, no pueden ser como los humanos pues que son de esencia divina; esto es lógico.

Por la ventana, que alguien acababa de abrir para dar salida al humo de las cazoletas, entraba en ráfagas

el aire tempestuoso de fuera, y confundidos con ellas algunos ecos de la fiesta que se celebraba allí cerca.

— ¿Qué es eso? — preguntó el rey al oírlos. — ¡Ah, sí; ya sé! Debe haber empezado ya la fiesta organizada por el señor Prevoste de los mercaderes, y con seguridad nos esperan... Bueno, pues que vayan á buscar á los señores que toman parte en nuestro bailable. Quiero ver cómo se visten. Eso sin contar con que me parece necesario un nuevo ensayo.

Para esperar que se cumplimentasen sus órdenes, Enrique de Valois, siempre envuelto en su peplo de seda, pasó de su tocador á la habitación transformada en saloncillo de danza.

— ¿Qué puede hacer Mammouth? — pensaba el rey.

— Ese herejote tarda más de lo debido. ¿Por qué me habrá aconsejado que no me presente en los salones antes de que él me vea? Tal vez hay algún peligro... Aunque si me amenaza algo, ¿cómo es que él no está ya aquí?

La entrada de los favoritos sirvió de derivativo á las ideas tristes del monarca. Los miñones llegaron pintados ya, llevando grandes y complicadas pelucas, pero luciendo sus poblados bigotes, y vestidos como de costumbre de jubones acuchillados con cuellos de piel perfumada, sobreveste de encaje y calzas á la polonesa.

— ¡Por la santa misa! — comenzó el rey al verlos y frunciendo el entrecejo. Pero interrumpió enseguida su homilia porque entraban otras personas: calceteros cargados de medias y de zapatos, orfebres que llevaban los brazaletes, collares y cinturones que formaban

parte del atrezo, y una mujer, una máscara, que llevaba á la cabeza enorme turbante con penacho é iba envuelta en amplio manto de tafetán verde.

— ¿Qué es lo que me traéis ahí? — preguntó Enrique señalándola. — Debisteis hacer pasar al maestro de baile, y no esa caricatura verdusca.

— Señor, — se atrevió á decir el marqués de O, — nuestro profesor de danza no puede venir. El pobre se ha dejado averiar por unos cuantos rufianes en el Claustro de Nuestra Señora.

— Y para reemplazarle — gritó Sibillot agitando su cetro de cascabeles, — tus meninos, ¡oh gran Enricus tertius! no han encontrado cosa mejor que esa pagana verdeante.

— ¿Qué dices? ¿Una pagana aquí?

El bufón, afectando gran hilaridad, siguió diciendo :

— ¿Qué mosca te ha picado, magnífico Enriquito? Menos apestosa es una pagana que un hereje, y sin embargo, tú respiras á diario el pestífero aliento de tu mago rojo.

La observación de Sibillot entenebreció la regia fisonomía.

— Ese maldito Mammoth podría ya estar aquí hace rato; — pensó Enrique. Luego añadió en voz alta :

— ¿Es siquiera de noble estirpe esa mujer?

— ¿Te permites dudarlo? — dijo el bufón que gozaba de especiales prerrogativas, usando de gran libertad en su lenguaje. — Tan de noble estirpe es, que resulta prima tuya, puesto que es Isis la bella, hija legítima de Ripaudier, duque de Egipto.

Enrique hizo un gesto desdeñoso.

— Puesto que no hay más remedio, — dijo, — que dirija el ensayo del paso. Vamos, señores, cada uno á su sitio. Ya os vestiréis enseguida.

Livarot, Joyeuse, de Epernon, Quelus, Saint Megrin y Francisco de O dispusieronse á complacer á su señor, quien se dignó colocarse en medio de ellos.

— Vamos, Isis.

Al oír esta orden, la hija de Ripaudier dejó caer su manto y apareció con un sugestivo atavío : un pantalón turco de audaz transparencia que la desnudaba á maravilla.

Hubo un momento de general estupor, en espera de una manifestación de la cólera del rey, quien no había podido ver nunca sin horror el cuerpo femenino mejor formado.

La esperada tempestad estalló en efecto inmediatamente.

Profundamente irritado, chispeantes los ojos, plegados los labios en mohín de asco, Enrique de Valois babeó su anatema :

— ¡Fuera de aquí, bellaca depravada! ¡Fuera pronto, que estás manchando mis ojos con tu presencia! ¡Desaparece cuanto antes por el Santo Espíritu, ó nadie me impedirá que mande arrojar al río tu carne inmunda y horrible de ver!

Empujada por los miñones, levantó Isis la bella un tapiz y salió de la estancia riendo como una loca, mientras los testigos de la ridícula escena se miraban con espanto.

— Creo que debemos retirarnos; — aconsejó Sibillot. — La comedia ha terminado, y antes de que el rey digiera esta emoción pasará lo menos una hora.

Joyeuse y Livarot fueron los primeros en seguir tan sabios consejos. Ambos ardían en deseos de ver con sus propios ojos cómo se divertían los invitados en los salones puestos á su disposición. Los demás meninos se retiraron al segundo piso, en la seguridad de que el incidente que acababa de producirse hacía imposible, por el momento al menos, la representación del famoso bailable.

Por lo que al rey respecta, hemos de decir que ni siquiera se percató de la retirada de sus miñones. Distendidos los nervios, la mirada perdida y el pensamiento ausente, Enrique III se dejó caer en una otomana, abandonándose á muchas y muy amargas reflexiones. Irritable por temperamento, aquel príncipe muelle y voluptuoso carecía de la energía que le hubiera sido necesaria para mostrarse un hombre después de cada uno de sus frecuentes accesos de cólera.

Precisamente cuando se hallaba en este estado de abatimiento, fué visto y saludado desde lejos por el gran marqués, cuando éste escalaba la torre á hombros de Sed de Amor.

También lo encontró postrado y pensativo el capitán Bervic cuando llegó para anunciarle que los alrededores del Hotel y de la torre de Nesle parecían cercados por la truhanería de la Corte de los milagros y por las compañías francas al servicio del duque de Guisa.

— ¡Mammouth! — gimió el rey. — ¿Dónde está Mammouth?

— Señor, — dijo Bervic, á quien el mago rojo era, más aún que antipático, aborrecible. — el señor Mammouth no se ha presentado aún en la torre.

— ¡Yo creo que ese cobarde me hace traición! — afirmó el rey.

Y aprovechando la ocasión, que le parecía de perlas, Bervic quiso confirmar al monarca en sus sospechas.

— No seré yo, — dijo, — quien se atreva á desmentir á vuestra majestad. Ese hereje tiene mal de ojo, y le creo capaz de cualquier cosa.

— Pronto, pronto, Bervic; haced armar á mis gentileshombres. Mi primo el de Guisa debe tener malas intenciones. No importa: ya nos acordaremos de ello en tiempo oportuno. Por ahora, capitán, que se cierre la puerta de la torre, y que mis guardias se hagan matar todos, desde el primero al último, antes que tolerar que nadie se acerque á mi persona... Excepción hecha de Mammouth, por supuesto. ¡Ah, menguado consejero!

— Voy, señor; vuestras órdenes serán cumplidas.

Así habló Bervic, pero no pudo cumplir lo que prometía. Cuando quiso salir con sus guardias de la cámara en la que acababa de hacer armar á los miñones, hubo de comprender que era víctima de una encerrona.

¿Qué había sucedido? Sencillamente, que mientras que Sed de Amor y Fiamma, dejando la plataforma, se dirigían hacia el Hotel, el gran marqués se apresuró á

atrarcar la puerta, colocando en ella de guardia á sus apóstoles.

Como media hora después de los acontecimientos que acabamos de referir, dos hombres se encontraban frente á frente en el saloncillo destinado á ensayar el bailable: el rey y el gran marqués.

El primero, repuesto ya de su reciente crisis, permanecía recostado perezosamente sobre un montón de cojines. El segundo, sombrero en mano é inclinado respetuosamente, contemplaba con mirada triste el pintarrajeado semblante del hombre que, en concepto suyo, monárquico fervoroso, representaba la majestad del poder soberano. Recordando lo que fuera un día el duque de Anjou, esforzábale el de Villanueva por encontrar en aquel tronco inclinado, en la mirada triste y en la cara, arrugada por los excesos, del hombre que tenía delante, la antigua y serena belleza del príncipe. Y no podía encontrarla. Lo que tenía delante no era otra cosa que un muñeco, momentáneamente embellecido gracias á una hábil maniobra de tocador. Con su cabellera rizada y grasienta, su barba en forma de lanza, y el bigote retorcido y acaracolado en las guías, Enrique de Valois resultaba una hechura de su barbero el judío veneciano.

Dejándose examinar con complacencia, el rey miraba por su parte á hurtadillas la elevada estatura de Villanueva-Marsan, detallando con una especie de irónica piedad las arrugas de su rostro, sus cabellos blanquecinos, pruebas innegables de una vejez prematura, provocada sin duda por su prolongado cautiverio.

— No puedes figurarte, marqués, — dijo de pronto — la pena que me causó el anuncio de tu muerte.

— Vuestro corazón, señor, es grande y generoso; — dijo con compunción el esposo de María.

— Sí: como tú creo que tengo un gran corazón. Todo en mí es grande; — afirmó el rey. — El corazón, el talento, el valor y lo demás. Es una gracia de estado. ¿Te acuerdas de las lecciones de esgrima que me diste en mis mocedades? Entonces me merecías sincera amistad... Yo no sé cómo se te ha ocurrido la idea de apolillarte durante tanto tiempo en Vincennes.

— ¿Hubiera preferido el rey verme romper mis cadenas y desobedecer á la reina? — preguntó, siempre respetuoso, el marqués.

— ¿A mi señora madre? ¡Ya lo creo! Pues no habría yo celebrado poco la broma, si se te hubiera ocurrido! Y ten por seguro que si no fui yo mismo á buscarte es porque, la verdad, no me acordé de ti.

— Vuestra majestad tenía absorbentes ocupaciones,

— Bailes, cenas, procesiones, ensayos, elección de perfumes y de cosméticos ¡qué sé yo! Te aseguro, Villanueva, que para ser rey se necesita una salud de hierro.

— Dios os conserve la vuestra, señor.

— Así debe hacerlo, amigo mío. Porque no sé quién le ofrendaría tantos cirios como yo... En fin, puesto que estás aquí, marqués, aunque no es á ti á quien esperaba, ¿quieres decirme qué es lo que ha podido decidirte á escaparte del castillo de Vincennes después de pensarlo durante diez años?

Pasó el gran marqués una mano por su frente.

— Al hacerlo, señor, — dijo enseguida, — creí que solo tendría que defender mi sangre... se me había dicho que la reina...

— ¿Hablas de Luisa de Lorena?

— Hablo, señor, de la madre de vuestra majestad.

— Ah, eso es distinto. Ya sé que ella y tú estáis algo fríos. Continúa.

— Se me dijo en la cárcel que la reina Catalina pensaba casar á mi hija Solange, con ó sin mi permiso, con un gentilhombre deshonorado...

— ¿Es hermosa tu hija?

El señor de Villanueva bajó la voz para decir :

— Ha muerto, señor.

— ¡Brrr!... — hizo Enrique estremeciéndose. — No es muy divertida tu historia que digamos. Pero dime, ¿es que la mataste?

— ¡Oh, no, señor!

— No te extrañe mi pregunta. Los señores feudales obraban así; y como tú eres un hombre de hierro... ¿De modo que tu hija murió? ¿Tiene algo que ver en el asunto ese gentilhombre de quien me hablabas?

— Fué él su asesino.

— ¡Por la santa misa! ¡Qué tiempos, Señor, qué tiempos estos que alcanzamos! Mira que matar un caballero á su prometida. Pero yo haré justicia, te lo prometo; dime su nombre.

— En vuestra corte, señor, — dijo con entereza el marqués — le llaman Rolando de Saboya-Nemours.

Enrique se puso en pie de un salto.

— ¿Qué dices? ¿Rolando? ¿Según eso, mi señora

madre pretendía unir á una mujer al primer gentilhombre de la cámara? Pues si lo que se pretende es aislarme de mis amigos, yo sabré poner orden á todo esto.

La cólera de Enrique parecía pronta á estallar de nuevo; pero el gran marqués la contuvo, lanzando, á modo de ducha, estas palabras :

— Vuestra majestad ha sido odiosamente engañado. El hombre que ha adoptado esos títulos no es más que un vil impostor, un traidor infame.

— Grave es la acusación que formulas, marqués. Aunque ya me han contado algo de eso. ¿Quién fué?... Ah, sí, Mammouth, ¿dónde se habrá metido ese condenado?... Sin embargo, creo amigo mío, que el dolor te hace ir un poco lejos en tus acusaciones. En fin, dejemos eso. Hace un momento dijiste que al escaparte pensabas no tener que defender más que tu sangre; ¿es que piensas en vengar á tu hija, ó tienes algún otro proyecto entre manos?

El gran marqués reflexionó un momento antes de contestar. Indudablemente buscaba las palabras, como temeroso de asustar á su interlocutor.

— Señor, — dijo por fin, — creyendo trabajar tan solo en provecho mío, acumulando, durante cuarenta y ocho horas, los prodigios de astucia y artificio, haciéndome pasar por el mendigo Gaultfarault, príncipe reinante de la Corte de los milagros, la casualidad ha hecho que sorprenda secretos referentes á una doble, ó mejor aún, á una triple conspiración contra la seguridad del trono.

— ¿Se trata de Guisa, verdad? — preguntó el rey.

— Monseñor de Guisa ha rodeado de sus mercenarios alemanes y españoles, el dominio de Nesle.

Enrique se estremeció al oír al marqués expresarse de este modo.

— ¿De modo que es para esta noche? No ha sido mala idea la mía de quedarme en este sitio. La torre es sólida y Bervic guarda las puertas.

— El señor de Bervic — dijo el gran marqués señalando el techo, — está ahí arriba con vuestros gentiles hombres y vuestros guardias, majestad; encerrados todos. Como era muy posible que entre ellos se encontrase un traidor, he preferido ponerlos al abrigo de la tentación, y confiar la seguridad de vuestra persona á la probada lealtad de mis apóstoles.

— ¿Qué apóstoles son esos? — preguntó el rey estupefacto. — ¿Y cómo es que te atreves á hacerme custodiar por gentes á tu devoción? ¡Por la santa patena! Comienzo á creer que mi señora madre obraba cuerda-mente dejándote apolillar en Vincennes. Aún no has acabado de acostumbrarte á vivir en libertad, y ya andas trabajando como un diablo contra su política. ¡Quién sabe! Tal vez andas tú metido en eso de la desaparición de Villequier, y eres causa de la tardanza de mi mago. No me extrañaría lo más mínimo.

— Ese hombre á quien vuestra majestad llama su mago es protagonista y director de una indigna comedia, — dijo el marqués

— Ya sé, ya sé: — interrumpió Enrique asustado. — La macabra exhibición de tu cadáver llevando impresas

en los ojos ciertas predicciones para lo porvenir era una engañifa, puesto que te veo aquí bueno y sano. Pero dime, ¿cómo y cuándo saliste de la piel del perro?

— No estuve jamás en ella, señor; — aseguró Villanueva.

— Puede, — dijo el rey; — pero es lo cierto que contenía un cadáver. ¿Sabes tú de quién era?

— Sí, señor: el de un joven gentilhombre llamado du Gaz.

— ¡Juan! ¡Mi oficial de boca y la primera víctima hecha por ese infernal duelista del Prado de los Clérigos! Me dejas asombrado, marqués. Pero de eso hablaremos en ocasión más oportuna. Ahora deseo que me expliques, puesto que no has salido de la piel del perro en la que yo creí haberte visto, cómo has podido llegar hasta aquí.

— Mis compañeros y yo, — dijo el marqués con gran naturalidad, — hemos escalado la torre.

— ¡La torre! — repitió Enrique sorprendido. — ¡La torre de Nesle! ¿Tú has hecho eso, marqués? ¿Y para qué? ¿Para venir á anunciarme que estoy rodeado de traidores?

— Para poner mi espada al servicio de vuestra real persona y para exponer mi pecho al puñal de los conspiradores.

— ¡Bravo, marqués! Esos sentimientos te honran. No olvides sin embargo que mi primo el de Guisa es un enemigo temible.

— Menos que los otros, señor. A ése me es permitido desafiarle; mientras que á los otros... Los que trabajan

con la máscara de la lealtad son más de temer, creedme. Hay entre ellos — siguió diciendo el señor Villanueva — el bandido Sed de Sangre, á quien conocéis con el nombre de Nemours; y además un rebelde, tanto más temible cuanto que ha sufrido mucho y que posee una audacia inconcebible, y que es además perseverante y fuerte...

— ¿Quién es él? — preguntó curioso el rey.

— El conde Jacobo de Armañac...

— ¡Bah! ¡Un galeote! Suponiendo que viva, ¿cómo quieres que se le reciba en la corte?

— Sabed, señor, que vive ese galeote, y que domina en vuestra corte. Mas aún; es él quien os aconseja con el nombre de Mammouth el rojo, aun cuando á veces se presenta como Abou-Nadarah, astrólogo de la reina madre, ó como Salem-Kebir, físico de vuestro canciller.

Tan extraordinaria revelación pareció aterrar á Enrique de Valois, quien durante un buen rato no fué dueño de su palabra. Por fin, frunció el entrecejo y ajustando el rojo peplo de seda sobre su pecho desnudo murmuró con relativa entereza:

— Ya me parecía á mí que ese musulmán era menos descreído de lo que aparentaba. ¡Bien se ha burlado de su rey ese hombre audaz como ninguno, que se me antoja ahora casi tan odioso como mi primo el de Guisa. Oye, marqués, — añadió en voz alta; — esas gentes tienen el propósito de tonsurarme para ocupar el trono en lugar mío. Tal vez se figuran que la corona flordelisada que Dios quiso ceñir á mis sienes está huérfana de espinas. No saben ellos cuánto se equivocan.

Si yo no escuchase más voz que la del asco que me inspiran, los dejaría devorarse entre ellos disputándose el cetro que de buena gana abandonaría para ir, como Carlos V, á deleitarme en la paz del claustro...

— ¿Pero, y el pueblo, señor? — interrumpió el marqués.

— Ese es el que me detiene; dijo el rey, bostezando ruidosamente. — El pueblo ha depositado en mí su confianza, y me debo á él por entero, claro está. Por eso me propongo conservar la corona: no por mí, sino por él. Sé que me quiere, y yo á mi vez organizo procesiones y bailo para distraerle.

El rey fijaba de nuevo su atención en las cosas pueriles.

— Ten cuidado, — dijo al marqués, que pretendía besar su mano. — No vayas á llevarte en los labios los afeites del señor Amílcar. Dime una cosa: ¿no llegó hasta tus oídos, cuando estabas en Vincennes, el eco de mis famosos bailes?

— No, señor; — confesó el señor de Villanueva.

— Pues mira, es una lástima; esas distracciones, — siguió diciendo el rey — son ahora, gracias á mí, menos monótonas que en otros tiempos. ¿A que no sabes quiénes eran las bailarinas que hice evolucionar en la última recepción de Fontainebleau?

Y como el marqués confesara su ignorancia de este detalle, el rey continuó entusiasmado:

— Pues nada menos que los más hermosos gentileshombres de mi corte. ¿Qué te parece? Esta noche debíamos repetir el espectáculo: yo lo había prometido,

pero puesto que al parecer se trata de jugarme una mala pasada, se fastidiarán. Ellos se lo pierden.

Enrique se detuvo de pronto, por haber oído cierto rumor procedente de la antesala.

— Ahí está Mammouth; — dijo con despecho. — Reconozco su paso. ¿Qué cara voy á ponerle ahora después de lo que de él me has dicho? Lo mejor será que no lo reciba.

Hizo una pirueta sobre sus tacones y aproximándose á su visitante, le dijo en tono confidencial :

— Hubo un tiempo en que tú tenías fama de buen amigo; supongo que á pesar de tus heridas y padecimientos, debes tener tan ágil el pensamiento como la mano que maneja la espada. Vamos á ver, ¿estarías dispuesto á practicar tu divisa?

— Por el servicio del rey, — dijo Villanueva — estoy dispuesto. ¡A todo!

— ¡Más bajo, desgraciado! Ese diablo de Mammouth tiene el oído fino. Oyeme bien; todos conspiran en torno mío, y hasta se aprovechan de mi ternura compasiva por los burgueses y mercaderes, representantes del pueblo, para prepararme una encerrona fuera del Louvre. Ya no puedo fiarme de nada. Mi madre me espía y pretende separarme de mis amigos; Villequier me traicionaba alabando mis defectos, y ese hereje Mammouth, que no sé si es Armañac ó servidor del profeta, se ha burlado de mí, preparando esta revuelta. Y yo me pregunto ¿por qué tanta animosidad? Ya sé que se me acusa de rehuir la compañía de las damas, y de... ya me entiendes ¿verdad?

— ¡Señor! — balbuceó el marqués ruborizado.

— Bueno, bueno; ya sé que eres un timorato, de conciencia austera, que no comprendes ciertas cosas bien comprensibles sin embargo.. Los reyes, amigo mío, encuentran indulgencia cerca de Dios para sus pecadillos; justo es que sus súbditos se muestren menos severos con ellos que el omnipotente. Bueno; pues como te iba diciendo; no sé hacia qué lado volverme. Pero se me ocurre una idea: ¿acceptarías el cargo de gran Canciller?

— ¿Se hace precisa la existencia de un intermediario entre Francia y vos, señor? — dijo Villanueva.

El rey suspiró.

— He ahí una pregunta, — dijo — que se parece mucho á una negativa. Por lo visto te asusta la responsabilidad del poder, y como si lo viera, — porque conozco la canción — vas á decirme que un rey que quiere serlo debe administrar, legislar, amar, castigar, y hacerlo todo, en una palabra. ¡Por la santa patena! quisiera yo veros en mi lugar.

Detrás de la puerta recayente á la antecámara, dos ó más personas discutían y el rumor de sus voces hubo de llamar la atención de Enrique.

— ¿A quién has puesto ahí? — preguntó al marqués.

— A dos jóvenes que se harán matar si es preciso antes de permitir que nadie entre sin vuestro permiso: se llaman Gualberto y Silvan Peiragude.

— Pues mucho me temo que mi oso rojo te los devore; — dijo alegremente el rey atravesando el saloncillo.

A la puerta de comunicación con el tocador llamó á Amilcar y á Tomás Artús, á quienes dijo sin asomo alguno de contrariedad :

— Preparad mi jubón, mis calzas y todo lo demás ; queda aplazado el bailable para mejor ocasión.

Volviendo luego á donde se encontraba el señor de Villanueva, le preguntó mirándole fijamente :

— ¿Quieres encargarte de desembarazarme de Armañac?

El gran marqués palideció al oír esta categórica pregunta :

— Señor, — dijo balbuceando, — bastará con que le digáis que desaparezca, para que no vuelva á encontrarse nunca en vuestro camino.

— Eso son ilusiones que tú te haces, amigo mío, de las cuales no participo. Si tu antiguo compañero se ha hecho musulmán es para mejor traicionarme ; y no he de ocultarte que tu negativa á encargarte del triple lapsó podría hacerme sospechar que estás de acuerdo con él. ¡Tu divisa, Villanueva! ¡Acuérdate de tu divisa!

— ¡A todo! — contestó el gran marqués enderezándose. — ¡A todo por mi Dios y por mi rey!

Satisfecho al verse comprendido, Enrique de Valois sonrió maliciosamente. Ya en el umbral del tocador, llevó un dedo á sus labios, recomendando en voz baja.

— Te entrego al descreído, amigo marqués ; pero como posee ciertos amuletos, paréceme prudente que antes de acercarte á él hagas el signo de la cruz en la hoja de tu espada. Ahora voy á vestirme, porque co-

mienzo á sentir frío con esta túnica ligera... ¡A todo! ya sabes. ¡A todo, y hasta pronto!

Cuando hubo desaparecido Enrique de Valois, por las mejillas del gran marqués rodaron dos lágrimas candentes.

El hombre de bronce se inclinaba, vencido por la pesadumbre inmensa de un sentimiento aplastante. Sentía vergüenza.